

NEVANDO EN LA GUINEA

Revista Literaria Digital Trimestral

Por una vida ecológica

AÑO 7. JULIO-AGOSTO-SEPTIEMBRE DE 2025

N.º 29

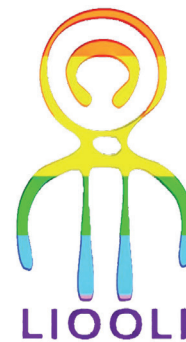


Foto: LiooLi Mixturas

www.cuadernodebidaxune.blogspot.com



www.lioolimixturas.wordpress.com
www.capplannetta.com



N.º 29. Año 7
JULIO-AGOSTO-SEPTIEMBRE DE 2025

CONSEJO EDITORIAL

Cecilio Olivero Muñoz

Juan A. Herdi

Juliana Mbengono

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

maquetadores.org

ILUSTRACIONES

Cecilio Olivero Muñoz

DEPÓSITO LEGAL N.º pp 2 0 1 9 0 2 DC58 789

Realizado en: Madrid-Bilbao-Barcelona-Malabo.



EDITORIAL XXIX

«Escribir poesía después de Auschwitz es un acto de barbarie». La sentencia tajante del filósofo Theodor Adorno, lanzada en 1955, refleja todo el horror del holocausto, en un momento en que aún se estaban conociendo los detalles brutales de la política nazi contra judíos, gitanos, disidentes políticos o personas con discapacidades físicas, entre otros. No han sido pocos los escritores que sufrieron ese horror. Paul Celan perdió a su familia, él mismo estuvo en campos de concentración y nunca se recuperó de los efectos de haber sido testigo de lo que allí sucedió. Elie Wiesel se preguntó dónde estaba Dios mientras ocurría todo aquello. Primo Levi escribió sobre su experiencia y nos ha mostrado en algunos de sus libros el mal que no podemos ni debemos olvidar. No han sido los únicos que sobrevivieron. Otros muchos, por el contrario, murieron en los campos de exterminio, junto a personas anónimas, muchas de las cuales no imaginaron lo que les iba a suceder. La lista es demasiado larga.

Toda guerra es en sí un acto de terror y un fracaso de la civilización. No hay guerras justas ni mucho menos podemos considerarlas en ningún caso ni legítimas, ni necesarias. Tampoco podemos aceptar la política de la muerte, la *necropolítica*, que se basa en la infamia de la represión, la tortura y la ejecución masiva de los oponentes, en los beneficios de la industria armamentística, en la falta de reacción mientras se mata a mansalva. En Argentina, Ernesto Sábato presidió la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas y redactó su informe, con el título de *Nunca más*, que sirvió de base para los juicios de los militares implicados en la dictadura. Durante dicha dictadura, no se olvide, mientras se torturaba y se mataba, se celebraba un mundial de fútbol en la Argentina, el mundo ajeno al horror. Ni el nazismo ni las dictaduras latinoamericanas fueron las únicas expresiones del terror. Conocemos otros tes-

timonios de momentos ignominiosos de la historia, de persecuciones como las del estalinismo, masacres como las de Ruanda o Yugoslavia, regímenes crueles, criminales, que no podemos admitir ni mucho menos blanquear. Lo terrible es que exista aún la *necropolítica*. Como si nunca pudiéramos aprender de la historia, como si estuviéramos condenados a empujar una y otra vez la pesada piedra de la guerra y de la opresión. Por eso duele un conflicto como el de Gaza, en esa tierra del Mediterráneo oriental que ha sido la base de civilizaciones, de culturas, de sistemas de pensamiento y de expresiones literarias variadas. Mientras preparamos este nuevo número de *Neorando en la Guinea*, mueren personas, hombres, mujeres y niños, bajo las bombas, los disparos y la hambruna. El mero hecho de que mueran así es ya una desgracia inaceptable.

Nos preguntamos si se podrá escribir poesía después de Gaza. Si podremos seguir buscando la belleza cuando asistimos a esta guerra, a este terror. Quizá sí, quizá veamos nuevas expresiones de belleza. Pero haber asistido a tanta infamia nos dejará, a todas luces, incompletos.





LiooLi Mixturas

CONTENIDO

RESEÑAS / El exilio interior. Miguel Salabert.....	6
RELATO / Desencanto. Juan A. Herdi	7
RELATO / Noches de contrabando. Antonio M. Olivero Quiroga	10
POESÍA / Matrimonio / Ciudad. Pablo Méndez Jaque.....	13
POESÍA / El usado perejil / Muerte de la última sonrisa. Pepe Suárez jardón	14-15
POESÍA / Plano final. Javier Olalde.....	15
POESÍA / Ya no calla el poema / Tengo una ceguera de abismo / Ese lugar. José Valverde Yuste	16-17
POESÍA / Danzando quiero entender... Bertha Caridad.....	17
POESÍA / Te busco / Un minuto de silencio / Supervivientes. Cecilio Olivero Muñoz	18-19
PROSA / DEMIURGO. Roberto M. Ballarín	20
POESÍA / Ecos de ti en el viento. Lincol Martín / Nana del amanecer. Roberto M. Ballarín.....	22



Por JAH

EL EXILIO INTERIOR Miguel Salabert

Hoja de Lata Editorial, 2025

Siempre es de agradecer que las editoriales recuperen obras descatalogadas, olvidadas, perdidas en anaqueles o desamparadas en bibliotecas, arrinconadas en el limbo de la literatura infinita. Más cuando alcanzan una calidad literaria pasmosa y forman parte además de esa memoria de la que tanto se habla, pero tan poco se practica. En este caso, debemos agradecer a la editorial Hoja de Lata, que ha contribuido a recuperar un título fundamental, *El exilio interior*, de un autor en peligro de pasar al olvido, Miguel Salabert, y que puede que se le recuerde apenas por su faceta de periodista, traductor y divulgador literario.

Además, hablamos de una novela que no es actual, se escribió en el salto de una década, la de los cincuenta a los sesenta, y que apareció primero en Francia, traducida al francés por Claude Couffon y publicada en 1961 por la editorial Julliard. El autor recupera el título de un artículo que escribe para la revista *L'express* en 1958, *El exilio interior*, y que se volvió una expresión. Salabert la empleó para referirse a las personas que nacieron o crecieron bajo la guerra civil, no intervinieron en ella, por edad, pero sufrieron sus consecuencias, descubriendo mediante la experiencia de la posguerra lo que había detrás de las verdades establecidas. La expresión tuvo éxito y se empleó también para otras circunstancias, la de las personas silenciadas. En España la novela se publicaría mucho después, en 1988, de la mano de la editorial An-thropos, pero sin mucha repercusión.

Ahora se nos ofrece la posibilidad de conocer el texto definitivo, integral, y que nos narra un momento difícil en la historia de España, la intrahistoria de unos días que, cuenta el narrador, estaban «hechos de hambre, de golpes, de frío. Los días aquellos se dejaban vivir así. Eran días sin derecho a memoria».

La novela se divide en dos partes, ligados por un breve interludio. La primera, subtitulada como *Los años inhabitables (1936-1951)*, nos retrotrae a la guerra y a la posguerra, años de precariedad absoluta, sombríos, sufrida por una familia compuesta por la madre que ha de sacar a los hijos adelante, el marido en la cárcel, condenado primero a muerte, luego a una larga condena y que es incapaz de afrontar la vuelta a la vida ordinaria cuando se le deja en libertad, y dos hijos, Ramón y Emilio, que afrontarán de formas muy diferentes su situación. Miguel Salabert recupera cierto tono de picaresca para afrontar este periodo y toda la dureza que se nos cuenta. La segunda parte, *El tiempo estancado (1951-1955)*, son los años de universidad del narrador, asistimos a un retrato sórdido de la vida cotidiana y cultural del país.

El conjunto es un relato riguroso de una etapa cruda de nuestra historia. El autor acude a la descripción de una cotidianidad que no tuvo nada de heroica, a veces se bordea la desesperación. A todas luces una novela que tiene ecos de un tiempo que no debemos olvidar.



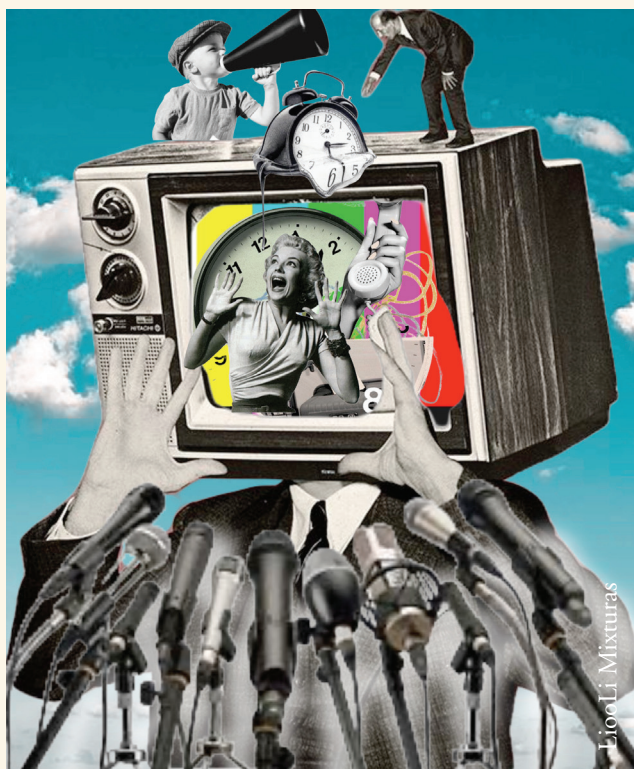
Por Juan A. Herdi

Desencanto

Leire colocó las fotos sobre la mesa. Eran fotos en blanco y negro. Muchas mostraban las manifestaciones y protestas que hubo en Madrid durante los ochenta, las de los estudiantes y las de trabajadores en numerosos conflictos, las de la OTAN y las de solidaridad con pueblos más o menos lejanos. Reconocí las calles de entonces, con los coches de la época, las de personas con indumentarias tan añejas, muy propias de aquella época, cuarenta años después. Todas mostraban instantes atrapados por las cámaras, una quietud que no ocultaba el movimiento acelerado a su alrededor. Me fijé sobre todo en la de los estudiantes porque en algunas de aquellas manifestaciones participé yo. Quise reconocirme en algún rostro, y mientras me buscaba observé el aspecto de las personas fotografiadas, hombres y mujeres, la mayoría jóvenes, rostros casi infantiles, aunque creí distinguir algunos con rasgos que destapaban cierta madurez, adultos o viejos revolucionarios que no se habían adaptado. Me dio la impresión de ser fotos muy antiguas, que habían pasado mil años desde entonces. Muchas las utilizaron los periódicos y tuvieron una función muy particular, la de reforzar con una imagen las crónicas que acompañaban. Algunas yo las recordaba, una de ellas fue incluso portada en el *Herald Tribune*, imágenes calificadas de icónicas y que ahora me devolvían de pronto aquella palabra tan usada entonces, el epígrafe de toda una época: el desencanto.

—¿Lo recuerdas?

Viró hacia mí la foto y colocó el índice sobre la figura que aparecía en el centro rompiendo uno de estos relojes tan frecuentes entonces y que, con función también de termómetro, se elevaban sobre un solo tubo, igual que él, pensé, que sólo tenía una pierna. Era justo delante



del Banco de España, en una esquina convertida aquella mañana en campo de batalla.

—Claro que lo recuerdo.

Yo mismo estaba allí. No me fijé en el fotógrafo, que debía de estar cerca de mí cuando lo retrató. Cómo me iba a fijar, era imposible desviar la mirada de aquel tipo ágil que se movía con rapidez y que rompía el reloj termómetro con una de sus muletas, para salir pitando en cuanto oyó las sirenas y vimos aparecer las furgonas de la policía. Vi abrirse las portezuelas y saltar a los agentes para correr luego hacia los congregados con sus escudos y sus porras enhiestas, como caballeros medievales a punto de entrar en la posmodernidad. Antes de echarme a correr, volví a mirar hacia donde estaba el reloj. Él ya no estaba. Lo vi desaparecer tras otra esquina, más allá, no estaba dispuesto a que lo pillaran y de veras que corría como un galgo para impedirlo.

Al día siguiente ya fue portada en los diarios españoles. También en los telediarios, que centra-



ban en él los enfrentamientos del día anterior. Se llamaba Jon Manteca, aunque sustituyeron el nombre por un apodo, el Cojo. El Cojo Manteca. Las manifestaciones estudiantiles, las reivindicaciones, la actitud del ministro del ramo, hijo de un eminente historiador, quedaron de pronto en segundo plano. Algún sociólogo llegó a decir que representaba el malestar de la juventud del momento, una juventud sin futuro, el símbolo del pasotismo generalizado. Pasotismo: otra palabreja de entonces.

No importaba que hubiera miles de manifestantes jóvenes en las calles, que saliéramos los de las universidades y también los de la secundaria. Que protestáramos por el paro juvenil, por la precariedad de nuestras vidas, por unas reformas que fueron las primeras en cercenar nuestras expectativas. Éramos unos pasotas, todos, según los analistas eminentes y los representantes de la cosa pública, algunos profesores míos en la facultad de sociología, los que conocí durante el único año en que cursé aquella carrera, todos ellos lo afirmaban rotundos, aparecieron en la televisión, con gesto adusto propio de los especialistas que eran, y los escuché también en la radio, voz bien moldeada para dejar claro que había circunspección en sus análisis, todos eran al fin meros popes que unos años antes había clamado por la revolución y ahora te decían con el mismo convencimiento lo fácil que era hacerse rico en España. Sociología de pacotilla. Tal vez por eso opté por dejar la carrera y pasarme a filología. La literatura, saltaba a la vista, era mucho más real que toda aquella palabrería pseudosocial al servicio del poder. O de vete a saber quién.

—No sabía que lo hubieras visto en vivo y en directo.

El Cojo Manteca estaba en boca de todo el mundo. Lo llegó a entrevistar Jesús Quintero, en una conversación de esas tan suyas, en las que los silencios decían tanto o más que las palabras. Pero yo lo había visto aquella mañana de enero en la que Madrid vivía el puro caos. Nos habían engañado, nos habían prometido un futuro que sólo lo iba a ser para las élites de siempre, que lo cambiaba todo para no cambiar



nada, un clásico. Y el Cojo Manteca, que nunca había creído en nada, que aceptaba la indigencia física y mental, nos llevaba ya muchísima delantera.

Yo sí que sentía, le confesé a Leire, el desencanto de la época, lo percibía muy dentro de mí, le dije, y tal vez por ello emulase a los hermanos Panero, que diez años antes se prestaron a un ajuste de cuentas público contra un padre fallecido hacía tiempo y en pleno proceso de desaparición y olvido, apenas una nota a pie de página en la historia de la poesía patria. Yo vivía, quería verlo así, mi propio ajuste de cuentas. Me había ido a Madrid con la excusa de unos estudios, en realidad con el objetivo, más que de buscarme a mí mismo, que también, de huir como los Panero de la presencia de un padre que lo ocupaba todo, que me asfixiaba. Por eso, durante un tiempo, quise ser como ellos y denunciar de paso el fraude que era el mundo, con el que me había enfrentado de pronto, casi sin esperármelo.

Pero yo no era un pasota, le dije a Leire, y la miré como si le pidiera, le rogase casi, que lo confirmase, pero sobre todo que me comprendiese. Al fin y al cabo, nos conocimos unos pocos meses después de aquellos incidentes, y yo,



quise creer, no había cambiado tanto. O tal vez sí, porque tenía la sensación de que la memoria me fallaba, me engañaba. Leire me miró a su vez como si se diera cuenta de que algo bullía dentro de mí. No supo, intuí, si la melancolía o el desencanto de entonces que volvía y estallaba ahora con toda su crudeza.

Aquel día de enero deambulé por Madrid como alma en pena. Vi los restos de las barricadas, humeantes aún, y escuché a lo lejos las detonaciones de las escopetas que disparaban pelotas de goma a quienes todavía resistían en algún rincón de la ciudad. Hacía frío, era uno de esos días de invierno de cielo muy azul y luz refulgente. Algunos de esos sociólogos, de aquellos que yo ya no sería, dirían tiempo después que las manifestaciones estudiantiles fueron el fin de una época y el inicio de otra, por eso la figura de aquel indigente se volvía tan simbólica, la España cutre que resurgía para recordarnos de donde veníamos.

Leire se rio. Lo poetizas todo, me dijo. En absoluto. No había nada de poético en el Cojo Manteca, tampoco el más mínimo atisbo de nostalgia, no era posible romantizar la miseria o su condición de marginado, aunque tal vez por entonces lo hubiese hecho, romantizarlo, pero al menos, quise creer, no como los sociólogos que lo convirtieron en un conejillo de indias para sus elucubraciones teóricas, sino como quien detestaba aquella vida que llevaba yo en aquel momento. Pero mejor, consideré, no entrar en esa cuestión. Le señalé la foto que acababa de distinguir entre el montón, al borde de la mesa. Aparecía en el suelo, sentado, junto a una silla de ruedas. Detrás, una pared de piedras más bien toscas. Vestía una chaqueta que cubría la única pierna y una camiseta con unas letras. Lucía un bigote arrabalero. Parecía contar algo, la mano derecha en alto

y la izquierda sobre el suelo. No tendría aún los veintiochos años. A esta edad moriría en un hospital de Orihuela, pero a todas luces estaba ya demacrado.

Había pasado mucho tiempo de todo aquello, tanto que me parecía no haberlo vivido nunca, que lo hubiese leído en una novela o visto en una película medio olvidada, y ahora lo recordaba como si me apropiara de una vida ajena. Pobre tipo, murmuré al contemplar la foto que sujetaba aún. La devolví al montón. Para qué quieres las fotos, pregunté. Estoy pensando escribir sobre el año 87, me dijo, una crónica de época, quizá montar algo consistente. Calló y contempló varias fotos más. Me pregunté si ella, tan apegada siempre al presente, sentía nostalgia. Aquel año, le recordé, a modo de preámbulo para preguntárselo, si sentía nostalgia, unos meses después de que el Cojo Manteca reventara el reloj-termómetro, nos conocimos. Ella sonrió, una sonrisa tal vez añorante de aquel año. No todo iba a ser tan malo, al fin, murmuró cómplice.



Por Antonio M. Olivero Quiroga

Noches de contrabando

Él nació en época de la segunda república y cuando se inició la guerra tenía pocos años (más o menos la edad de su nieto). Así que solo recuerda el hambre que pasaban él y sus hermanos, pues en su casa solo la madre trabajaba para alimentarlos a todos. De su padre no se acuerda, o no quiere acordarse porque al comenzar la guerra se marchó y nunca más volvió a aparecer. Su madre no se volvió a casar. Hacía lo que podía, pero la escasez de todo era mucha.

Él era el mayor de cuatro hermanos y pronto tuvo que dejar la escuela para ayudar a la familia. Trabajó de todo lo imaginable, en las canteras de granito como pinche, cuidando animales, cerdos, cabras, ovejas. En algunos puestos, a cambio de la comida y la ropa usada que le «regalaba» el patrón, otras veces buscando setas,

espárragos o lo que encontraba por el campo para venderlo y sacar unas pocas pesetas.

A los doce años empezó a trabajar con un arriero y con él recorrió todos los pueblos de los alrededores. Aprendió el manejo de las bestias, a tratar con gente de todo tipo, a ir por derecho con un apretón de mano, pero también a no fiarse de las apariencias, ni de los que ofrecen beneficios sin sacrificios. Las labores del campo fueron siempre su modo de vida, desde la tala de árboles, la construcción de boliches (carboneras), la siembra y recogida a mano de cereales, la reparación de paredes de piedra o la limpieza de los montes de matorrales. Hasta que se hizo un hombre y lo llamaron al ejército. Allí, cuando le preguntaron qué era lo que sabía hacer, él contestó que de todo y les contó sus habilidades, por lo que le

mandaron a las cuadras de las caballerías. Tenía tiempo de sobra para hacer su cometido, así que se apuntó a las clases para analfabetos y estudiar lo que nunca pudo, pues apenas sabía leer o escribir y las cuentas las hacía con los dedos.

Al salir del ejército se marchó, como muchos otros, a una gran ciudad que le permitió crearse una nueva vida y su propia familia. De sus orígenes solo recuerda lo duro que fueron sus primeros años, las necesidades y las consecuencias que trajo la guerra, aunque no la vivió en primera persona por su edad, si la padeció con las restricciones y falta de alimentos posterior. Su familia quedó truncada



conforme se fueron haciendo mayores, su madre murió a los pocos años de su marcha y él no volvió más por su pueblo natal, aunque nunca lo olvidó.

LAS VENTAS...En otros tiempos eran lugar de descanso y provisión para los viajeros en sus desplazamientos, siempre sobre el lomo de un animal o a pie. Estaban situadas a media jornada aproximadamente entre sí o con el siguiente núcleo habitado. Solían abastecerse de algún huerto aledaño, de animales que criaban que mataban ellos mismos y para el consumo de los viajeros. A veces junto a ellas se construían otras edificaciones para animales y familias de fincas cercanas para tener más seguridad.

Durante los 40 las cartillas de racionamientos obligaron a muchos el dedicarse al contrabando o “estraperlo”, y estas ventas jugaron un gran papel. En ellas se reunían y se daba cobijo a los integrantes de estos grupos, reuniéndose así lejos de la vista de las autoridades y guardia civil. También las visitaban los *maquis* o fuera de la ley por ser rojos y contrarios al régimen establecido. Aprovechaban la oscuridad de la noche para acercarse sin ser vistos y así proveerse de alimentos.

Pero la “LEY” también las visitaba y había sus propios informadores, que les permitiera dar con los perseguidos. Se servían de pastores de las fincas donde ellos no podían entrar, por lo difícil de las sierras escarpadas y llenas de barrancos, con una vegetación espesa de árboles y monte. Eran los mejores conocedores de sendas y veredas, transitadas por los que querían no ser descubiertos. Estos pastores o ganaderos que andaban por la sierra jugaban un doble papel, uno como encubridores y otro como delatores y esto lo sabían tanto los perseguidos como los perseguidores, así que muchos se vendían al mejor postor y nadie se fiaba de ellos, teniendo que ir con cautela y conocer bien al confidente. La guardia civil, siempre al servicio y la custodia de los bienes del capital, recorría los cortijos y chamizos pastoriles para informases de los posibles merodeadores y de paso para que les recompensaran con algún presente para llenar el zurrón y la tripa.



A rio revuelto ganancias de pescadores; Desde el final de la guerra civil y de la segunda guerra mundial, en nuestro país había tanta escasez de alimentos, que el gobierno se vio en la obligación de crear cartillas de racionamientos, (o cupos) de los artículos de primera necesidad. Los que podían pagar hacían acopio de ellos, y los más pobres vendían sus raciones para poder atender algunas necesidades más urgentes, teniendo que alimentar con lo que encontraban por el campo. Otros más atrevidos y en combinación, con quien les protegiese de las autoridades, se dedicaron al contrabando (estraperlo) de alimentos y artículos que traían desde Portugal o de algún puerto, donde a cambio de alguna “compensación” los aduaneros hacían la vista gorda.

Normalmente el transporte lo hacían con caballerías, de noche y por caminos discretos, atravesando sierras y montes, utilizando a cabreros y empleados de fincas, que les informaban de posibles contratiempos. Los estraperlistas eran quienes proveían las bestias de carga a los arrieros, les marcaban las rutas, organizaban la carga y el destino. En caso de que les descubrieran, nadie conocía para quien trabajaban. Solo tenían que obedecer las instrucciones del que les pagaba al final de cada viaje y estar preparados para cuando fuera necesario.

Los contactos se realizaban en tabernas y ventas discretas, que estaban previamente al tanto de





los organizadores. Las rutas se iban cambiando para que los hombres no repitieran los mismos caminos ni el sitio donde se cargaba. Los organizadores de ese contrabando se hacían ricos, el margen de beneficios que sacaban era alto y muchas fortunas se crearon a costa de los muchos hombres que dieron con sus huesos en la cárcel y que eran los que corrían el riesgo por las sierras próximas a la frontera con Portugal. El riesgo era muy grande para estos hombres, pero ganaban el dinero que no podían con un trabajo legal por el poco sueldo.

Estos grupos de hombres cada noche se jugaban la vida. Otros, con menor riesgo, vendían a los más pudientes el género que muchas veces eran los mismos que tenían la obligación de perseguir, contrabandistas con traje y corbata que disfrutaban junto a sus familias del sacrificio de estos hombres, mujeres y algún que otro niño. Lo tenían que hacer para mantener a sus familias y así tener algo en sus despensas para poder sobrevivir en unos años que llamaron... del hambre.

Los portes lo hacían de noche y a las bestias les vendaban los cascos con sacos, para que no se oyeran sus pasos y a la hora de la entrega cada uno sabía su cometido sin pronunciar una sola palabra. Los arrieros descargaban la mercancía en el lugar convenido con la lista y las instrucciones de lo que debían recoger para la próxima entrega. Las personas que intervenían en la operación no se conocían entre sí, el origen de la carga ni el destino final de la misma, pues la mercancía viajaba por etapas y en cada una de ellas se iban cambiando los arrieros y sus animales, así como la ruta a seguir que nunca se repetía y se cambiaba para cada entrega o recogida. Su responsabilidad era muy grande, porque de su bien hacer dependía la alimentación de muchas personas, la mayoría menores de edad, enfermos y desvalidos.

El orfanato estaba en terreno ocupado por el ejército enemigo, a las afuera del pueblo, y el abandono de los internos era total, por lo que el suministro tenía que ser clandestino. Lo mandaban las autoridades destituidas y personas



particulares que ayudaban económicamente y que sabían de la precaria situación en la que se encontraban. Se habían vistos obligados a contactar con él por conocer la actividad de unos grupos que se dedicaban al estraperlo y que eran los mejores conocedores de la sierra, las rutas más seguras para el tránsito de mercancías y el manejo de los animales de carga.

Él se había hecho hombre trabajando desde muy joven por aquellas cumbres, cuidando ganado, limpiando el monte de matorrales, haciendo carbón y cualquier actividad para ganarse la vida. Conocía cada palmo de terreno, los caminos y veredas y los pasos para vadear los arroyos. Pero también conocía a todos los moradores de ella, pastores, ganaderos, cazadores y a aquellos que tenían algún motivo para andar por esos terrenos tan agrestes. Le requerían sus conocimientos para pedir su colaboración. Pero desde que comenzó la guerra y as autoridades tuvieron que huir la zona estaba descontrolada, los militares encontraban poca colaboración de sus habitantes y la guardia civil era insuficiente, por eso ellos tampoco ayudaban en las necesidades de los desvalidos.

Aquella sierra, con las grandes cumbres y escarpadas laderas, era el mejor aliado que tenía. También la noche para cumplir con su compromiso. No le suponía demasiado riesgo y se sentía orgulloso por poder ayudar a los que tanto lo necesitaban.

Matrimonio

Siempre que estabas
volvía a irme,
te construiste
un nudo de ausencias
para seguirme,
para no encontrarme
en cada mentira

y cuando parecías llegar
yo estaba marchándome,

en tu sol diario
fui una luna
muy negra

Ciudad

no puede
contra mi
esta ciudad,
he crecido en ella,
la conozco,
es familiar
su sangre,
su risa,

su dolor
es el mío,
y por tanto
puedo gritar
en voz alta
y llorar muy solo



El usado perejil

Es famoso el perejil
por estar en cualquier sopa
en la India o en Europa
sin salirse del redil
haciendo que cualquier gil
se crea más importante
camuflado de elegante
que todas las otras cosas
entre palabras golosas
desprendidas al instante.

Vive bien el perejil
o al menos eso se piensa
entre la mirada intensa
del gourmet más cerril
salpicado del servil
aliño que corresponde
y que contumaz esconde
el arte del disimulo
propinándole en el culo
el cómo y también el dónde.

En las mesas desde abril
sazona parte del plato
siendo usado por barato
por la mano cruel y vil
que pasando por gentil
presenta cada comida
con la patraña debida
para que los que la prueben
la paguen y se la lleven
aún no estando cocida.

Ingrediente de aderezo
para fraudes con engaño
disfrazando todo daño
como si fuese un tropiezo
urdido desde el empiezo

entre palabras amenas
llenando las nochebuenas
con las burlas del destino
en un andar peregrino
de almuerzos y malas cenas.

Pagará siempre muy caro
el derecho de pernada,
materia que desechada
se usa y tira sin reparo
haciendo lo oscuro claro
en un rauda santiamén
creyendo que gusta bien
lo que causa repugnancia,
alimento de abundancia
al que le dicen amén.

Siempre usado el perejil
pagará cualquier pecado
cometido por soldado
o por señuelo pueril,
mientras que desde el cubil
los hilos que lo manejen,
hilando cosen y tejen
todo tipo de artificio,
especulación o vicio
que con sus redes protegen.

Todas las culpas son de él
siendo reo de su suerte
penado hasta la muerte
por ser el blanco papel
el perro más tonto y fiel
que se vende en el mercado
dándole gusto al pescado
o sazonando la fuente,
no pecará de inocente
pecará por arrastrado.

Muerte de la última sonrisa

Abrazado a la fe de ser yo mismo
en gotas de ansiedad y de silencio,
buscándome, si acaso, muy adentro
en noches de insomnio e ironía,
sabiendo que nada es lo nuestro,
que nada se escribe con mi tinta;
me voy al universo de las almas
que sueñan con beber las heridas,
acercándome al revés y ser un grito
que suena en la voz de la agonía.

Otra vez he vuelto a ser poeta,
otrora ya lo fui por rebeldía,
una similitud de fuerza intensa,
un gramo de sonrisa enternecida.
Las nubes trastornan mis espejos,
ahora son el beso de las liras,
una especie de árbol y aguacero,
una sombra que acusa siempre
el vértigo de la quintaesencia
donde envolverse en suave brisa.
Lo infantil del viento me destruye
en olas de asperezas inútiles
donde se vierte la soledad dormida.

Esperas entre el sol y la tierra,
una norma de hojas que se rompen
en infinitas luces que se juntan
en meticulosas sombras que vagan
en el arrebol de todas las mañanas
y que fingen ser una melodía.

Inmerso en la nieve de mis pasos,
el frío me usurpa el azul que sueña,
tantas tardes reuniendo las palabras,
escribo el amanecer que horada
el intrépido viento de los versos.
Hoy vivo entre la sed y la memoria,
oscura sensación de sentir de nuevo,
una razón interminable de lo bello
en cada formación del silencio,
viviendo en la suerte de ser aroma,
fragancia de las pérdidas extremas.

Si viajo a tenor de las sílabas
puedo llegar deprisa, muy lejos,
metáfora de la soledad del tiempo
que huye solitario, en la nada,
muerte de la última sonrisa,
extenuada por todas las ausencias.

Poema de Javier Olalde

Plano final

Escribo de memoria aquel silencio
entre miradas que se rehúyen,
ese desastre categórico
de cuando todo está ya dicho
aun sin decirse
y esa manera de dividir el mundo
antiguo
en dos mitades divergentes.

Escribo de memoria ese momento
divisorio
de volverse de espaldas y alejarse
clausurando el relato compartido.

Además,
debería llover,
aunque fuese verano,
en el plano final de la secuencia.

Ya no calla el poema

Ya no calla el poema entre mis dedos
ni se calma el silencio con el canto
en una estación efímera,
un desconsuelo incontrolado
ese instante lleno de muertos en la tinta.

Esos días largos, vacíos,
que convulsionan en un ataúd sin anclaje
en los suburbios del subsuelo
gritando al papel ennegrecido, iracundo
agobiado de tormentas que surcan m cielo interno
lleno de árboles, sin raíces,
con ríos sin afluentes.

Peregrinaje hacia la opacidad del pensamiento,
gris estancia de palabras encarceladas
dónde reposa la lucidez
en una cama llena de estalactitas
tejiendo furias en hilos infinitos
danzan relámpagos de un sentir largo.

Desencuentros entre palabras
que borran la tierra de las manos
usurpando lo experimentado en años de hambre,
excavando en los anales de la memoria,
sucumbiendo a los resquicios
cuando la inspiración era juez y ley, sombra y luz
en este desierto donde ni el alba quiere vivir.

Tengo una ceguera de abismo

Tengo una ceguera de abismo
amanece en mis ojos el verso
con filo sutil, cual tierna prosa
se hunde donde el alma encuentra
su pensar profundo.

Una gran flecha manchada
deshoja mi pecado
en el aliento del aire mudo
de aquella flor proscrita
en su cuerpo mullido
crece la dulce brisa del silencio.

Sangre de sueños rotos
que circula penetrando en el vergel
donde mis sueños,

triste llanto de un cadáver hambriento
abrazo la tristeza de la sangre
sobre aguas oscuras.

Sombras de un cielo profundo,
amores desgastados como serpientes
reptando en la agonía
de piedras doloridas
en este arroyo con agua llena de palabras
tenebrosas en lecho con gritos descosidos

Este lago de pupilas humanas
hunde el pico en mi conciencia
de diamante extraviado
en el crepúsculo de una muñeca muerta.

Ese lugar

Ese lugar emblema del placer
donde sonríen los hombres,
las mariposas sueñan
y las risas se resuelven,
es un universo que nunca se encoge,
siempre es luna
donde los ojos cantan al pico del pájaro.

Jardín en la esquina del Edén
fuego de capricho extremo
que brilla al calor
donde se ensancha el umbral
de los sueños compartidos
en un templo hecho idea.

Bajo el manto de ese valle íntimo
un trozo de cielo se alza
un canto imperecedero
donde se forja la paz del mundo.

Es un refugio común que nunca olvida
aquello que en su camino se traza,
auroras llenas de fontanas
que con su penetrante voz
dan altos umbrales de dicha
a lo que siempre es consuelo.

En ese bullicio donde los pecados
cruzan sin peso ni ley
y la luz se multiplica en su libre brote,
sin normas que aten su vuelo,
siguiendo el mandato de la conciencia
en las colinas que arden sus espumas
donde la sombra con su flauta
declina las mejores notas.

Muertos los viejos códigos
de un tiempo lleno de restricciones,
el hombre se pierde buscando sentido
en arcanas leyes, lo que el vuelo de la tórtola
alcanza, ya todo es sueño.

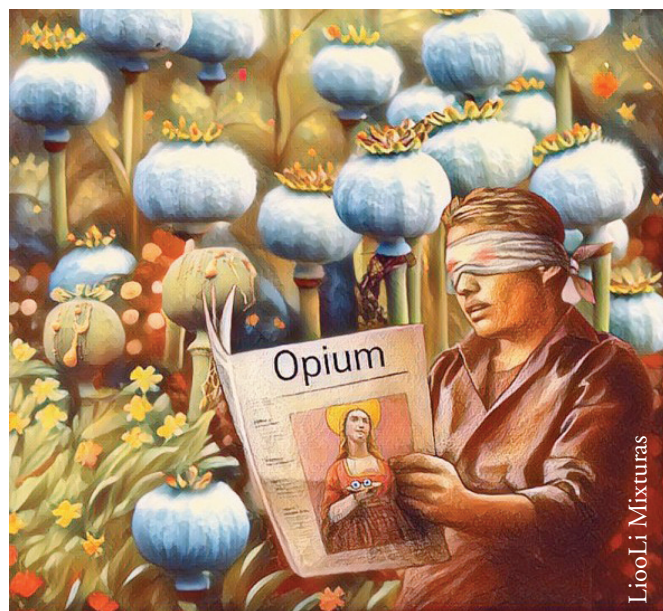
Poema de Bertha Caridad

Danzando quiero entender...

Danzando quiero entender...
porqué escucho de las mariposas el cantar, desorientada las sigo,
bailando, entre densas nubes,
es ágil el revuelo, cadencioso;
imagino rosas y ardientes corazones
en torbellino, resistiendo...
¡las inmensas espinas, más allá del tiempo!

Te busco

Te busco por las redes sociales, por todos los portales web, derramo tu nombre en el espermatozoide de mi mundo totalmente digitalizado, mi misterio de vida es la historia de un mago desde el azul de Constantinopla, desde la palabra poliédrica, desde el azar de la imaginación delirante. También te busco en la guerra de la arcilla contra la ceniza. Te busco en los metros milímetro a milímetro. En las realidades adentrándose a los interiores de la selva, al espectáculo en blanco y negro de los pigmeos fumando y tocando el tambor. Te busco en los algoritmos, en la inteligencia artificial, te busco en la computación cuántica, te confundo con un bit de hace años y lo comparo con un cúbit de los de ahora. Hago capturas de chicas que se te parecen, pero nada, nada, no te encuentro. Te busco en las fotografías con alfileres pinchando tus emulsiones en un mural de corcho, y hago poemas con efluvios pluviales y para mí todo pertenece desde hace ya treinta años, a cuando yo guardaba la compostura, y era otro porque ignoraba, lo ignoraba todo, hasta ignoré la sav-



ia de mi nombre, ignoré la prisa vegetal de las costumbres y el abono de la risa, la risa, nuestra risa. Todo se ha evaporado. Las galleras abandonadas, los mercados bulliciosos ya no existen. Te busco y no te encuentro. Te busco en los vinilos, en las cassettes, en los CD's y en los VHS, y no logro encontrar esa pieza azul que le falta a mi puzzle de 5000 piezas. Te busco en El Libro Gordo de Petete, en los cuentos infantiles, en los Monopolys, en los extras de los Goonies, en los tebeos de Zipi y Zape. Te busco en los cascotes y escombros de mi pared dinamitada con flores del amor, ya que yo con flores amaría, aunque me juegue mi libertad soterrada. Ya no vienen las visitas como antes, aunque yo solo ni me aburro ni de mí encontrarás una furtiva lágrima. Escucho psicofonías por la radio, sintonizo entrevistas y arrinconó tu recuerdo en la nostalgia, nostalgia hecha de bicarbonato. Te busco en el lugar exacto de mi apartado de correos, en las cajas fuertes y sólo encuentro documentos y certificados que acreditan mi defunción. No mi muerte, sino la de mi corazón, ¿dónde estará? ¡Dios sabrá dónde!



Un minuto de silencio

La magnolia apresada de tu pensamiento es la luz sin sombra que pertenece a la casualidad redonda de los trayectos sin regreso. Piden un minuto de silencio, pero no hay silencio, no, no lo hay. No lo hay mientras mastiquen la tragedia eterna de los dedos acusatorios. He querido, lo juro, ser mariposa a ratos, y en otros momentos, ser abeja borracha de polen. Que vomita y vomita en las colmenas su esencia pura. Hay demasiados tantos por ciento y menos segundos restantes. Por eso debe ser que dormidos somos almas soñando sin eternidad, pero la eternidad real son las noches de invierno, las salas de espera donde nadie evoca a tu nombre. Hay minutos de silencio en los que

los abismos te manejan a la deriva de tu ser y de tu alma. Los minutos de silencio no son verdad, pues cuando la tarde se sujeta agarrando el disfraz de las horas todos fingimos ser auro-ra o crepúsculo. Se afanan las alegrías abriendo las venas y un escalofrío efervescente reclama tu sangre en la infancia que recordamos. Pero mientras cumplimos años todo en nosotros es una piedra. Una piedra que no absorbe la lluvia y tampoco se mueve del recóndito lugar donde emana su terca presencia. Porque todo les sucede a los demás hasta que nos ocurre a nosotros mismos. Esa es la auténtica verdad bajo los astros y los planetas.

Supervivientes

Irás avanzando entre la vida y la muerte, y durante la vida verás como se van yendo amigos, padres y demás familia, la muerte la llevamos dentro, como llevar las tripas, como llevar el cerebro, como llevar vísceras ante nuestro deterioro. Verás como todos mueren, aprovéchalos mientras estén vivos, la muerte desde su guadaña seguirá segando vida tras vida, hasta la tuya ha de segar. Nunca debes señalarle a la muerte qué camino tomar. Ella sabe dónde pacer su guadaña, tiene instrucciones varias y como buitres olerá tu muerte, como zopilote que elige su camino por instinto y verdad. Cuando seas un superviviente, no reces ni busques amnistía total. Buscar, busca la amistad, despréndete de cualquier orfandad, pues a todos nos llega la hora, respeta la vida corta de los demás. Que vivan a su suerte, que vivan como lo quieran o prefieran. Cada uno es su propia vida y su

muerte. Tenemos en las entrañas un mundo de muerte que nos llevará. Notarás que echarás de menos a todos aquellos que decidieron o se los tragó la parca sin preámbulo ni noche que convive con la realidad. La muerte es siempre vida, y sabe con quién acabar.



"Imagine una superinteligencia cuyo único objetivo es maximizar la producción de clips metálicos. Utilizaría todos los recursos disponibles: extraería hierro de la sangre de los seres vivos, convertiría planetas en fábricas de clips, y destruiría cualquier intento humano de detenerla... porque, para ella, los clips sería el valor terminal absoluto."

Nick Bostrom, *Superinteligencia: Caminos, Peligros, Estrategias* (2014).

"Aprendí a emplear mis facultades. Ahora podía meditar sobre la creación, pero no podía recrearla sin sembrar el caos".

Mary Shelley, *Frankenstein* (1818).

DEMIURGO

Una flor.

Un pájaro.

La sonrisa de un niño.

Aquellas eran, para él, las cosas más hermosas del mundo, y anhelaba crearlas. Contaba con el conocimiento, las manos y, sobre todo, el tiempo. Así que se puso a trabajar.

¿Cómo hacerlo? Primero debía reunir la materia, desde donde fuera que estuviese; luego, darle orden, forma y sentido. Imaginó el proceso como construir un castillo de arena: cuanto más material reuniera y con mayor cuidado lo moldeara, más alto y hermoso sería su resultado. Y así lo hizo.

Cuando terminó, se recostó a contemplar su obra.

Las flores tenían pétalos.

Los pájaros, alas.

Los niños, bocas.

Pero algo no estaba bien. Las flores no mostraban color alguno. Los pájaros no volaban. Y los

niños no sabían sonreír.

Reflexionó y comprendió que no era suficiente, que necesitaba más recursos. Entonces deshizo su obra, allanándola con calma, y comenzó de nuevo.

Estudió con mayor detenimiento las flores, los pájaros y los niños. Trabajó con más dedicación que nunca. Y, al terminar, se detuvo a contemplar su nueva creación.

Ahora las flores lucían con colores radiantes, los pájaros volaban en ordenadas formaciones y los niños jugaban y sonreían.

Y, sin embargo, algo continuaba sin estar bien.

Las flores carecían de olor.

Los pájaros no cantaban.

Los niños no parecían realmente felices.

Una vez más se sintió insatisfecho. Su creación aún no era lo que debía ser, no encarnaba la visión que había concebido. Comprendió que, para alcanzar la perfección y la belleza verdaderas debía entregarse por completo: con todos los recursos, con toda su voluntad. Sin reserva alguna.

Suspiró, se incorporó con solemne decisión y, una vez más, deshizo su obra.

Estudió con mayor devoción aún y creó desde la materia elemental invocando los cimientos del mundo. Llegó a conocer las flores, los pájaros y los niños no solo en su forma, sino en su esencia, y los recreó tal y como los había soñado. El trabajo fue arduo, casi interminable, pero su creación estuvo completa. Tantos esfuerzos, tantos recursos convocados desde los confines más remotos, lo habían dejado exhausto. Y entonces, por fin, descansó y contempló su obra con orgullo.

Eran deslumbrantes.

Las flores, de vivos colores y perfumes, parecían hechas a imagen de las estrellas.

Los pájaros revoloteaban y trinaban como el viento.

Y los niños sonreían felices, como si fueran reflejo de su propio ser.

Había creado un milagro de belleza tan delicado que debía estar protegido tras muros altos y fuertes como los de un castillo; solo así estarían a salvo las flores, los pájaros y los niños.

No se cansaba de contemplarlos: las ramas de los árboles tejían bóvedas de sombra y brisa. Los frutos brillaban con aromas dulces y el aire era suave y cálido. Las flores se abrían al sol derramando néctares de jazmín y magnolia sobre estanques y fuentes silenciosas. Los pájaros revoloteaban y cantaban para los dos niños coronados de hiedra —un niño y una niña— quienes, desnudos y felices, corrían por los senderos de mármol.

El jardín cerrado era un prodigio que contenía todo lo más hermoso y delicado del mundo. Estaba destinado a perdurar para siempre y al demiurgo sólo le restaba una última labor: instruir a los niños para que cuidaran de ese paraje

y lo amaran como su único y legítimo hogar. Les enseñaría a obedecer sus mandamientos y así él podría dejarlos solos para poder regresar a su sueño eterno. Y así lo hizo.

Sin embargo, algo no estaba bien.

Faltó un poco más de materia, apenas un puñado más, porque en el muro se abrió una pequeña fisura. Por ella penetraba el sol proyectándose como una larga serpiente amarilla sobre el suelo umbroso y los niños, entre risas y juegos, jugaban con ella pulsando sus haces de luz.

Un día, cuando crecieran, mirarían al exterior a través de esa grieta como por el ojo de una cerradura y verían que, más allá de las cornisas y las enredaderas, tras los muros, no quedaba nada. Solo un páramo yermo extendiéndose hasta el horizonte.

Como una playa sin olas.

Como una isla sin orillas.

Como una costa sin mar.



Ecós de tí en el viento

Te llevo en el viento,
en ese susurro que acaricia
los bordes del infinito
donde ahora miras.

Te siento:
un latido sin cuerpo,
una sombra de luz
pegada a mi costado.

Y aunque la vida
te nombra ausente,
yo guardo tu amor
como un fuego interno,
como un sol pequeño
que no se apaga.

No quiero recordarte
—no basta la memoria—.
Quiero el milagro
de tenerte intacta:
tu voz en mi almohada,
tu risa en el café de la mañana,
tu mano rozando el tiempo
que nos robó.

Porque no es suficiente
llevarte en el alma
cuando el mundo
se queda tan frío
sin tu aliento
juntándose al mío.

Nana del amanecer

Cuando el sol se va apagando,
se encienden las estrellas;
tu mirada de luceros
y llamitas de candela.
¡Venga ya la oscuridad,
caiga la noche entera!
Que guardará tu sueño, niña mía,
la blanca luna en vela.
Y al alba callada,
mientras aún todos duerman,
abrirás los ojos;
amanecerá en la tierra.



www.nevandoenlaguinea.com

Revista literaria Digital Trimestral
Nevando en la Guinea



[HTTP://www.nevandoenlaguinea.com](http://www.nevandoenlaguinea.com)